ALTA GRACIA, CUNA DE «LA ATLANTIDA»

Por Daniel MOYANO

Aparte del estreno mítico celebrado hace años en Milán, «La Atlántida», obra póstuma e inconclusa de Manuel de Falla, acabada por Ernesto Halfter, con una asombrosa identidad con el maestro granadino, ha tenido una nueva y definitiva representación, en auténtico estreno mundial en el Teatro Real de Madrid con asistencia de S.M. la Reina doña Sofía. En este artículo, de Daniel Moyano, un «fervoroso» de Falla, se evoca con buen pulso y mucha admiración al gran músico escribiendo en «Los Espinillos».

PODRIAMOS decir que existen dos historias. Una de ellas narra los hechos concretos que se producen en la lenta transformación del mundo; sus protagonistas son hombres de acción, héroes y mártires que lo transforman y adaptan a los valores cambiantes que imponen los tiempos y los pueblos. La otra narra hechos espirituales del hombre de cualquier época; sus protagonistas son seres contemplativos que se valen de un ingenioso sistema para comunicarse en el tiempo y expresar los acontecimientos interiores de diversas épocas como si estuvieran narrados por un solo hombre. El código que utilizan se vale de distintos elementos que pueden ser, entre otros, el color, los sonidos o las palabras. Estos hombres apostados en el tiempo actúan como eslabones y transmiten la misma fuerza. Azorín los ha descrito como hombres de fina barbilla que contemplan una llanura con el «dolorido sentir» del poema de Garcilaso.

De uno de estos hombres, Manuel de Falla, se ha conmemorado recientemente el centenario. En la historia de los hechos espirituales, el acontecimiento es un simple punto referencial en el tiempo. Lo importante es que este hombre estuvo en el mundo, ocupó una de esas postas, tomó las pocas notas con que la gente canta sus cosas cotidianas y las combinó de tal manera que con ellas hizo la música de un pueblo.

El azar me hizo vecino de don Manuel. Lo que voy a contar no tiene valor testimonial; ni siquiera anecdótico; se trata más bien de aproximaciones a Manuel de Falla, buscadas por un grupo de estudiantes de música de que yo formaba parte en Alta Gracia, Argentina, hacia 1945.

EL MARAVILLOSO SILENCIO

Entonces Alta Gracia era un pueblo de la serranía cordobesa que, por tener más de veinte mil habitantes, había sido declarado ciudad según una ley argentina. Se la puede describir brevemente diciendo que tenía una calle principal con negocios y bancos; una plaza con flores y una banda que los domingos tocaba la retreta; una iglesia del siglo XVI conectada con una construcción jesuítica de la misma época donde vivió el virrey Liniers, y un lago artificial construido por los indios...

En el país, en ese tiempo, había caído un nuevo gobierno; en el mundo, aún no se había disipado el humo de Hiroshima; en «Los Espinillos», Alta Gracia, alguien escribía Atlántida.

«Los Espinillos» está en las afueras de la ciudad, mirando hacia las sierras. Todavía hoy es un lugar silencioso. Es sabido que Falla vivió buscando siempre ese silencio, que es la materia prima de los músicos, y que no siempre lo encontró. La casa es actualmente un museo donde se guardan, además

de un reloj que marcó siempre la hora de España, algunas pertenencias reveladoras de pobreza y sencillez. El silencio que hay en «Los Espinillos» ya fue denominado «maravilloso» por Cervantes en un capítulo del Quijote. Es un silencio apto para el ascetismo y la música, dos de las cosas más importantes que le sucedieron a Manuel de Falla.

Nosotros, un grupo de alumnos del primer curso del Conservatorio, supimos por el profesor de Solfeo de la vida y obra de Falla. Lo creíamos muerto como todos los músicos cuyas biografías estudiábamos. Cuando el profesor nos dijo que el músico vivía en nuestro pueblo sentimos algo parecido al miedo. Le pedimos que nos llevara a la casa del maestro para conocerlo. El profesor nos dijo que ni él mismo lo conocía. En cuanto a nosotros, nos recordó que apenas sabíamos la clave de sol y las figuras musicales.

Merodeábamos cerca de su casa, planeábamos encontrarnos casualmente con él. Habíamos podido atisbar una vez a su hermana María del Carmen, y eso ya era algo. José, el más pequeño del grupo, dijo que él era capaz de tocar en el piano la «Danza del fuego». Era la única obra que conocíamos del maestro. Nunca habíamos escuchado a José tocar esa pieza. Cuando lo apuramos dijo que él no la sabía pero que se animaba *a tocarla en presencia del autor. Con estos elementos intentábamos aproximarnos a quien concebíamos como un genio irascible. No sabíamos de su bondad. Sin duda nos hubiera recibido y alentado.*

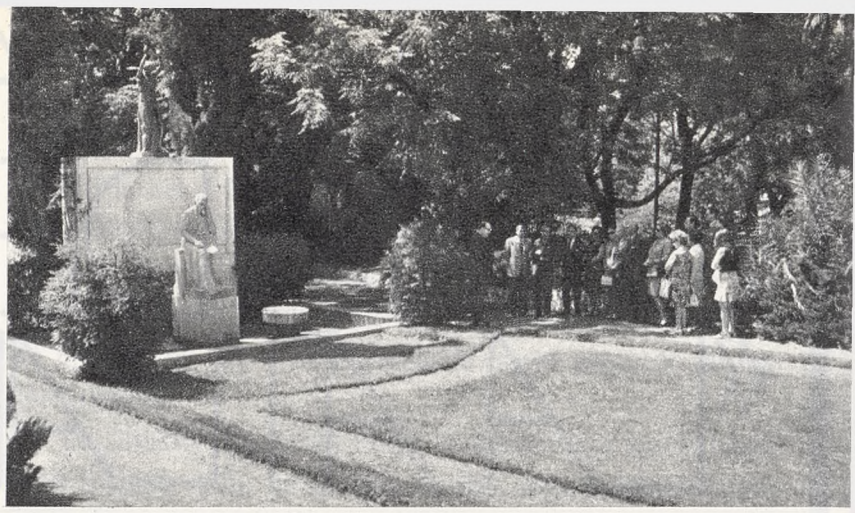
Una tarde vimos su sombra a través de los vidrios de la ventana. Se paseaba. De vez en cuando se escuchaban acordes en el piano. Eramos cinco muchachos alterados por la visión que teníamos delante. Ya podíamos decir que lo habíamos visto. Pero parece que él también nos vio y que sospechó algo, porque abrió la ventana y se asomó. Siempre ha sido imposible para mí reconstruir sus palabras. Nos preguntó qué hacíamos allí, qué queríamos. Pero no le oíamos, estábamos mirando su cara, que había navegado por todos los mares del sonido. Nos dio vergüenza estar allí, espiando, y salimos corriendo. El cerró la ventana. Detrás de los vidrios, lo sabíamos, Falla estaba componiendo Atlántida.

No sólo para nosotros era difícil acercarse al maestro. Gracias a la diligencia de María del Carmen y al celo de los caseros que acompañaban a don Manuel, era muy difícil que alguien destruyese ese silencio de casa del Caballero del Verde Gabán que había en «Los Espinillos». Ni siquiera pudo lograrlo un grupo de españoles que prometían la confraternidad y por intermedio de ella el alivio del exilio que de Falla patentizaba en sus dos relojes, uno para ver la hora argentina y el otro para la hora que él llevaba por dentro.

Se trataba del Centro de Almaceneros Minoristas (Ultramarinos), compuesto en su casi totalidad por españoles, que habían resuelto, tras largas deliberaciones, entrevistar al músico para ofrecerle ayuda de todo tipo. Eran inmigrantes que habían trabajado duramente para lograr una modesta posición. Los más de ellos no sabían cabalmente quién era Manuel de Falla. Finalmente designaron una comisión para que lo entrevistara y ofreciese la ayuda que el maestro considerase necesaria.

Mientras caminaban hacia la casa, en la parte alta del pueblo, quizás urdían las palabras que dirían ante una persona tan importante: pues mire usted don Manuel, somos humildes almaceneros; nunca hemos escuchado su música pero le queremos, y esto es lo importante, etcétera, etcétera.

Pero al llegar y enfrentarse con ese hombre de aspecto teologal que había salido al jardín de la casa para oírlos, las palabras pensadas se les atragantaron, apenas sirvieron para decirle que eran almaceneros españoles y que estaban allí para ofrecerle ayuda. Como la hermana del músico les había advertido que



En el parque Sarmiento, en la argentina ciudad de Córdoba se erigió por suscripción popular un monumento a Manuel de Falla. En la imagen una ofrenda floral celebrada allí con motivo del veinticinco aniversario de su nacimiento. Sobre estas líneas, aspecto exterior de la casa «Los Espinillos», donde pasó sus últimos días el maestro, en Alta Gracia, ciudad de la serranía cordobesa donde escribió «La Atlántida». Le proporcionaba soledad y silencio las coordenadas absolutamente ideales para una tarea creadora de este tipo. En la página siguiente, dibujo del genial compositor realizado por Daniel Vázquez-Díaz.

su hermano estaba componiendo y que no le gustaba que lo interrumpieran, los almaceneros esperaron con temor la respuesta del maestro. Pero las palabras del músico fluyeron con bondad y serenidad: «yo os agradezco infinitamente, pero los músicos sólo necesitan una cosa: silencio». Y los almaceneros le dieron silencio, es decir, se fueron a sus casas, satisfechos de un deber cumplido.

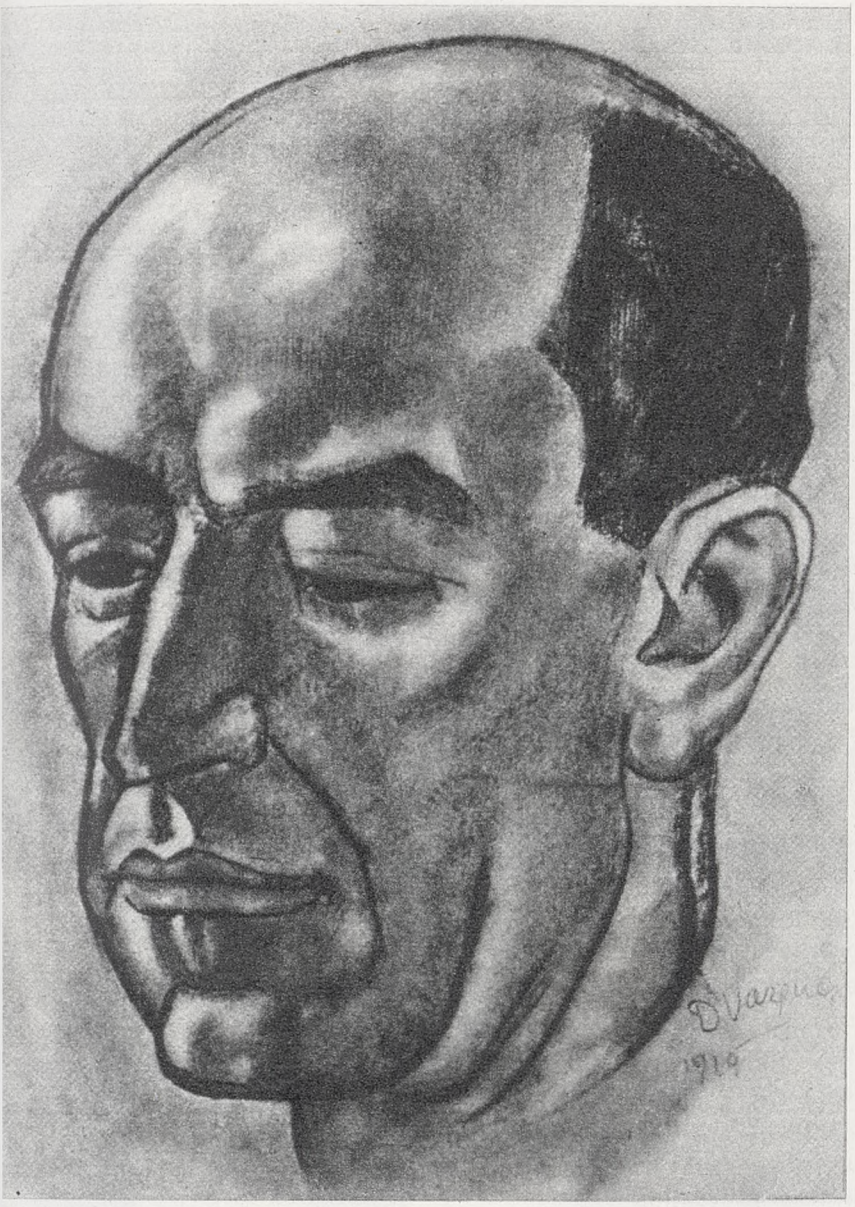
MAESE PEDRO EN CORDOBA

La segunda aproximación dice que al grupo de los cinco muchachos se habían sumado un estudiante de artes plásticas y un violinista de los cursos medios del Conservatorio. Sabía unos compases de la «Danza española», de La vida breve, *mérito suficiente para poder dialogar con nosotros, que conocíamos personalmente al músico aunque fuera a través de una ventana.*

El estudiante de pintura, que se llama Juan, conocía a mucha gente de la capital de la provincia, Córdoba, y tenía alguna misteriosa vinculación con un amigo de Manuel de Falla.

El violinista trabajaba en una carpintería. Había hecho él mismo un estuche especial para su condición de violinista-carpintero. Los espacios que quedaban entre las sinuosidades del violín y las maderas rectangulares de la caja estaban llenos de recipientes de hojalata de formas caprichosas, semejantes a piezas de puzzle. *Allí llevaba su almuerzo y su cena, cuerdas,*

tiza y carbón para las clavijas, etc. Le permitimos formar parte de nuestro club de amigos personales de Manuel de Falla siempre que en un plazo prudencial aprendiera la danza de la Vida breve. *En el tiempo que duró el club no pudo pasar del quinto compás.*



Decía que no podía tocar porque siempre se lastimaba las manos con la garlopa.

Juan, el pintor, no trabajaba. Vivía en Córdoba y los fines de semana iba a la casa de campo que los padres tenían en Alta Gracia. Nos daba entradas para conciertos en la capital, trajo al pueblo las «Memorias» de Rimsky Korsakov, la «Poética musical» de Stravinsky y copias fotostáticas de unas misteriosas partituras del padre Soler, halladas no hacía mucho en los archivos del Escorial. El había estado «en serio» en la casa de Manuel de Falla, cuando el maestro llegó a Alta Gracia.

De él era la letra de la carta recibida esa mañana: «vengan el sábado al acto de la biblioteca, van a hablar de Manuel de Falla». Después de una hora de viaje llegamos a Córdoba. En la puerta nos esperaba Juan. El acto había comenzado. El orador hablaba con acento alemán. Era el musicólogo Juan Pedro Franze. Dijo que venía de Europa y traía un regalo para todos nosotros: unas cintas magnetofónicas que contenían «El retablo de maese Pedro». En las palabras del musicólogo surgieron cosas totalmente nuevas para nosotros: la importancia de Pedrell en la evolución de Falla, las tribulaciones para el estreno de «La vida breve», el viaje a París, Debussy y Ravel, los salones de la princesa de Polignac dispuestos para el «Retablo». Después vino el juguete prometido: todo el «Retablo», con un extraño clavicémbalo que sonaba en medio de las voces y la orquesta.

Para nosotros, que no acabábamos de asomarnos a la música pero que ya íbamos de asombro en asombro, esta aproximación a Manuel de Falla fue más importante que la travesura de espiarlo desde la calle. Esa misma noche el violinista aportó un nuevo dato para la aproximación: una reproducción del retrato del músico que Picasso había hecho en París, que él sacó del fondo de su estuche carpinteril.

TAMBIEN SE MUERE EL MAR

Un día de 1946 Alta Gracia amaneció con la muerte de Manuel de Falla. La noticia fue de boca en boca por todo el pueblo, y luego el nombre del pueblo, unido al de don Manuel, recorrió el mundo. Nosotros, que éramos sus amigos desconocidos, sabíamos que no podríamos llegar al interior de la casa para verlo. A los ojos de todos éramos esos muchachos que todavía no comprenden nada de nada y que molestan en todas partes.

Con la muerte llegaron las cosas solemnes, los guardianes, los coches negros, las autoridades, gente de Buenos Aires. No parecía un músico el muerto sino un héroe de la otra historia, de la concreta. Hasta ese momento, de alguna manera, había sido un poco de nosotros. Ahora don Manuel no era de nadie, por eso custodiaban su cuerpo, hasta que llegaran grandes carruajes para sacarlo de la sierra y llevarlo hasta el mar, y a través del mar a la tierra que fue el gran tema de su creación.

Era bastante tarde cuando llegó Juan desde Córdoba, sofocado. «Me enteré hace un rato y salí para acá». Le dijimos que era imposible verlo. «No para mí», dijo él. Traía una maleta con un polvo blanco, un pote de aceite y utensilios diversos desconocidos para nosotros. «Dentro de un rato vuelvo», dijo. Y escapó.

Desde aquí y ahora veo a los cinco muchachos sentados en la vereda esperando el regreso del que podía ver el cuerpo de don Manuel. Con su muerte, moría también nuestra adolescencia, se moría uno de nuestros sueños, el más bello de todos. El violinista, años después, perdida toda esperanza de poder tocar la danza de «La vida breve», se convirtió en un adulto gastado por las noches de cafetines y de tangos en orquestas improvisadas. El compositor del grupo es un empleado bancario con tres hijos que le aman. Los demás se perdieron en el tiempo. Uno de ellos, que cambió la viola por los papeles, se puso a evocarlos en un artículo con motivo del centenario del maestro que alguna vez iluminó su vida, de soslayo, con la esperanza de un destino musical que también se perdió en el tiempo.

CODA

Los cinco muchachitos que nunca pudieron ver a don Manuel tuvieron por fin una revelación aquel día. Adormilados por la espera en las veredas de un suburbio de Alta Gracia, entreviendo que no era solamente la muerte de un hombre lo que sucedía sino en cierto modo la muerte de un sueño, oían la voz de Juan que regresaba.

—Che, ayúdame con esto. Pero mucho cuidado.

Abrimos una caja de cartón. Juan levantó el trapo que cubría el objeto: la mascarilla de don Manuel. No pudimos ver bien su cara porque era el hueco, la primera parte del proceso. Juan había embadurnado con aceite el rostro yacente para que el yeso no dañara la piel. Al día siguiente asistimos al alumbramiento de la mascarilla, cuando, volcando un yeso nuevo en la cavidad, se obtuvo el relieve del rostro, tal como se había detenido ante la muerte, posiblemente en un momento de descuido, cuando los dos relojes dejaron de marcar las horas de España y Argentina y coincidieron para siempre, al menos para don Manuel.—D. M.